

HISTORIA
DE
NAPOLEON.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

ISLA DE CórCEGA.

LA nobleza histórica de la isla de Córcega sube á los tiempos fabulosos, es á decir á la primera época de la civilizacion. Cadmo hijo de Agenor, dice Herodoto, buscando á Europa por toda la tierra, se detuvo delante de aquella isla, donde dejó á su pariente Membliaro con algunos Fenicios. Estos la nombraron Calisto. Theras, de la familia real de

Esparta, según el padre de la historia, encargado de ir á establecer una colonia de Lacedemonios, salió con tres navíos y aportó á la isla de Calisto, habitada por los Fenicios desde ocho generaciones. Se llamó Thera, de Theras que le dió su nombre. Para conformarse con un oráculo de Delfos, Grino, uno de los descendientes de Theras, envió á la isla de Platea en la Libia, una colonia de habitantes de las siete ciudades de Thera. Plinio dice que Mariana fue fundada por Mario, y Aleria por Syla, pero Tito-Livio da á esta última ciudad un origen foceo. Sus ruinas subsisten aun á ocho leguas de Corté, en la orilla del mar. La ciudad de Nicea, según el mismo historiador, fue edificada por los Etruscos. Así los Fenicios que negociaban por todo el mundo conocido, los Griegos que le instruían con sus artes y sus virtudes, los Foccos fundadores de Marsella y los Etruscos que civilizaron la Ausonia, fueron los primeros habitantes de la isla de Córcega llamada tambien Cynros por los Griegos.

De manera que los pueblos los mas ilustres de la tierra son los abuelos de estos Corsos á quienes los Romanos llamaban Barbaros. Tito-Livio habla de la isla de Córcega y de

sus habitantes del modo siguiente : « La isla » de Córcega es una tierra áspera y monta- » ñosa y casi enteramente intransitable. Sus- » tenta á un pueblo que se le parece. Los » Corsos, sin ninguna civilizacion, són, sobre » poco mas ó menos, mas indómitos que las » fieras. Reducidos al cautiverio, apenas se » ablanda su carácter; al contrario, sea por hor- » ror al trabajo y á la esclavitud, se quitan » la vida, ó sea obstinacion ó estupidez son » insoportables para sus amos! » Tito-Livio no podia hacer un elogio mas completo de los Corsos, ni una sátira mas cruel de los Romanos. En razon, sin duda, de este carácter indómito de los Corsos, decian los Romanos que no los querian ni para esclavos: lo que significa que los Corsos no querian admitir á los Romanos por amos.

Es fácil de explicar el horror de los Corsos para la esclavitud, sentimiento que acaso vive aun en ellos en toda su fuerza. Separados por el mar de todos los demas pueblos, y obligados incesantemente á defenderse contra sus agresiones, los habitantes de Córcega tuvieron que recurrir á una independencía salvaje que afianzaba su seguridad. Para conservarla

hubieron de combatir generosamente durante tantos siglos, y casi desde su origen contra las naciones mas belicosas; los Cartaginenses, los Romanos, los Godos, los Sarracenos, los Lombardos, los Genoveses y en fin los Franceses.

El estado político de Córcega, antes de haber perdido su independencia, merece alguna atención. La misma naturaleza le habia determinado. La isla no es sino una vasta agregacion de montañas surcadas por unos valles mas ó menos profundos, que solos contienen la tierra vegetal, origen de toda poblacion, y dividen el pais en distritos llamados Pievas; en cada distrito vivian familias poderosas, siempre rivales, muchas veces en guerra unas con otras, que daban una idea bastante exacta de los Clanes de Escocia. Si amenazaba un peligro público, suspendian sus querellas y se reunian para la defensa comun. El valor de las propiedades era la norma de la importancia de las familias y de su clientela. Semejante orden de cosas dividia la isla de Córcega en aristocracias patrimoniales, pero combinadas con la independencia de los habitantes; pues en la guerra extranjera, así como en la guerra civil, cada una de ellas se armaba

á su costa, y venia sin ser llamada, á pelear bajo las banderas de las familias las mas considerables de sus Pievas. La confederacion de las Pievas formaba la patria Córcega.

Las ciudades marítimas tenian, por su posicion y por la naturaleza de sus vecinos, un destino particular y del todo diferente. En efecto, constantemente ocupadas desde muchos siglos por guarniciones genovesas, y habitadas por familias italianas desterradas por su propio gobierno ó por facciones victoriosas, se hallaban en cierto modo fuera de la asociacion nacional; sus habitantes no podian entrar en ella y ejercer influjo en el interior del pais, sino por establecimientos ó adquisiciones en las Pievas.

En 1757, el ilustre Pascual Paoli alzó el estandarte de la independencia contra los Genoveses. Estos, que desde el siglo XII^o, despreciando de sujetar los Corsos á su autoridad, no dejaban de empeñarse en esta vana empresa, pidieron auxilios á la Francia contra sus enemigos. El duque de Choiseul cogió la ocasion de añadir al reino una posesion tan importante, y envió tropas mandadas por el marques de Chauvelin y por el conde de

Marbeuf, que tuvieron algunas ventajas sobre los soldados de Paoli. En fin, el 9 de abril 1769, llegó el conde de Vaux, encargado de acabar de sujetar la isla con cuarenta y dos batallones, dos legiones de tropas ligeras, y una buena artillería. El 5 de mayo, se apoderó del campo de San Nicolas, y el 7, de las alturas de Centa donde rechazó el día siguiente el ataque de los Corsos. El 21, el conde de Vaux entró en la ciudad de Corté; el 5 de junio siguiente pasó á viva fuerza el Vecchio. Dos días despues era dueño de Bocañano. El 15, Paoli se embarcó sobre una nave inglesa para Liorna y dejó á los Franceses dueños de la isla de Córcega. Inmediatamente se le dió una organizacion de pais de Estados como la tenia el Languedoc; pero en lugar de un parlamento tuvo un consejo superior. M. de Monteynard se quedó en clase de comandante militar, y como sucede siempre que los pequeños Estados llaman á los grandes á su socorro, los Genoveses, aborrecidos en todos tiempos por los habitantes del pais, pagaron su imprudente confianza con la pérdida definitiva de la isla. El duque de Choiseul, ni siquiera se dignó admitir de su parte un tratado de ce-

sion. La Francia se quedó con la isla de Córcega porque la habia conquistado. El derecho natural juzgó la cuestion política; y la toma de posesion por el gobierno frances pareció justa, tanto porque los Genoveses no se hallaban en estado de conservar su soberanía, como por la imposibilidad en que estaban los Corsos de conservar su independenciam. Sin embargo la isla de Córcega no fue parte integrante del reino de Francia, hasta el 30 de noviembre de 1789, que la Asamblea constituyente la decretó.

